

# Comprensión

*Jan Win*

De camino a casa, le vi apoyado en el extremo de una farola, a unos cinco metros de altura sobre la acera. Por su aspecto menudo, afilado, parecía uno de esos pajarillos sin temor a morir electrocutados que penden de los tendidos eléctricos. Su cuerpo delgado proyectaba una sombra escuálida, minúscula. Tenía la mirada perdida en un punto indefinido del horizonte hacia el que proyectaba una especie de cansancio místico. La calle estaba concurrida de viandantes presurosos que no se extrañaban al verle allí arriba ni, mucho menos, se detenían a preguntarle por qué estaba allí. Daba la impresión de ser un objeto mimetizado con el mobiliario urbano.

Lo primero que pensé era que aquel individuo que tendría unos sesenta años, además de gozar de una condición física envidiable, debía padecer alguna enfermedad mental.

–Perdone, ¿podría ayudarme? –le pregunté.

No me contestó. Tampoco hizo el amago de mirarme ni de dirigirme la palabra. Persistió en su actitud hierática, como si la cosa no fuera con él, ajeno a las vicisitudes del mundo que le rodeaba.

–Oiga, perdone, ¿se encuentra bien?

Siguió sin decirme nada. A pesar de que aún tenía que conectarme a la red, enviar varios correos electrónicos y elaborar algunos presupuestos antes de irme a la cama, es decir, seguir con el mismo ritmo frenético de todos los días después de abandonar la oficina, me quedé observándole durante unos minutos, intentando descifrar alguna señal de su comportamiento, entender algún lenguaje oculto; sin embargo, no me dijo nada ni percibí algo que pudiera explicar aquella situación. No decía una sola palabra ni emitía sonido alguno. Apenas parpadeaba.

–Perdone, ¿está bien? –volví a preguntarle.

–¿Por qué habría de estar mal? –me respondió con cierto tono de displicencia.

–Temo que pueda caerse y hacerse mucho daño.

–No se preocupe por mí. No es mi intención caerme. Ahora, váyase y déjeme en paz.

Ni la aspereza de esta contestación ni las prisas que llevaba para seguir trabajando en casa, me echaron para atrás y, no sabría decir si por compasión o curiosidad hacia aquel hombre de mirada lánguida, decidí parar, detener mi ritmo y escalar por la farola para llegar a su altura y sentarme a su lado.

Le ofrecí un cigarrillo. Me dijo que ya no fumaba, aunque había sido un fumador empedernido.

–Yo lo quiero dejar, pero no tengo fuerza de voluntad.

–No me sorprende. La debilidad nos define como personas.

Callé. Mientras pensaba en esta afirmación, él me dijo que se llamaba Amadeo, que se había quedado viudo recientemente y que estaba harto de la vida. Durante varias décadas había ejercido como ingeniero en una plataforma logística, hasta que la crisis y la reconversión laboral hicieron de las suyas y los nuevos jefes le mandaron a la calle justificando su despido como una honrosa jubilación anticipada.

–¿Usted también piensa que estoy loco?

Le miré a los ojos, y allí, apoyados en el extremo de una farola, negué con la cabeza y, en una actitud comprensiva, acolché su hombro con mi brazo dispuesto a entablar un interesante diálogo, sin prisas. El tiempo y las falsas obligaciones habían dejado de ser algo importante.